

INTRODUCCIÓN

Discursos y prácticas del desarrollo en África: ¿diálogos convergentes?

ALICIA CAMPOS SERRANO*

Desde hace más de medio siglo, la palabra *desarrollo* evoca procesos pacíficos de cambio social, posibilidades de una vida mejor para todas las poblaciones del mundo, valores universales y compartidos. Pero también nos remite a experimentos autoritarios de ingenierías sociales y a fracasos y frustraciones recurrentes. Incluso hay quienes le han atribuido la capacidad de ocultar y legitimar la reproducción de relaciones de poder y desigualdad.

Esta falta de consenso es evidencia de los intensos debates que, desde su origen, ha generado y sigue generando la idea de desarrollo. El desarrollo ha conformado un lenguaje y un ámbito de discusión en el que participan innumerables actores, con distintas posiciones sociales, objetivos y concepciones del bien común y los procesos para lograrlo. Y ha proporcionado uno de los principales vocabularios con los que se han pensado y expresados las relaciones entre las regiones más ricas y las más pobres del mundo. La historia del desarrollo es, entre otras, la historia de un permanente debate normativo en el marco de las relaciones internacionales y transnacionales.

En este incesante debate, el espacio africano subsahariano ha tenido siempre un lugar destacado. Desde los intentos de los funcionarios tardo-coloniales, en los años cuarenta del siglo XX, por relegitimar su gobierno a través de inversiones y programas sociales, hasta la mención específica de África que hace la Declaración del Milenio de Naciones Unidas del año 2000, los africanos han sido sujetos y actores del drama del desarrollo. Y es que las situaciones de pobreza, desigualdad y conflictos sociales constituyen algunos de los temas principales que el desarrollo problematiza, y que hacen de África un lugar privilegiado de la reflexión en la que este libro quiere participar.

En los últimos años se están generando nuevos planteamientos y propuestas que hacen referencia a la necesidad de aumentar la ayuda internacional para los países africanos, a la lucha contra la pobreza y la garantía de unos servicios sociales mínimos, o a la eficiencia de las instituciones nacionales para asegurar el buen funcionamiento de los mercados. No son asuntos novedosos, pero su articulación, y sobre todo los instrumentos con que pretenden

* Alicia CAMPOS SERRANO es profesora investigadora del Dpto. de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Madrid, y miembro del Grupo de Estudios Africanos.

promoverse, se presentan con la presunción de querer superar viejos impedimentos y lograr definitivamente el desarrollo para África. Este libro quiere explorar algunas de estas propuestas, analizando las continuidades y las rupturas que representan. Y lo hace desde diferentes lugares, pero a partir de algunos presupuestos comunes.

En primer lugar, las distintas contribuciones que aquí se presentan reconocen la importancia de los lenguajes en la configuración de la realidad social. En la generación del lenguaje del desarrollo hay algunos actores, en su mayoría instituciones internacionales, que han asumido una especial relevancia, como el Banco Mundial, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), o el Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) de la OCDE. A través de su capacidad de conformar los vocabularios con los que se expresan las relaciones internacionales, participan en la consolidación de las actuales hegemonías. Pero estas instituciones se ven confrontadas permanentemente a interpretaciones alternativas que, desde distintos lugares, las interpelan y que en no pocas ocasiones se ven integradas en los propios discursos hegemónicos. De hecho, muchos de los nuevos conceptos del desarrollo provienen de este diálogo desigual, pero no siempre de sordos (GIMENO y MONREAL, 1999).

En segundo lugar, los actuales debates son parte de un proceso histórico, en cuyo devenir podemos observar tanto rupturas como persistencias. Hay temas y formas de abordarlos que se han convertido en constantes o que son recuperados periódicamente en el lenguaje del desarrollo. Y hay realidades y perspectivas teóricas que son silenciadas. Algunas de ellas sin embargo logran entrar en el debate principal, y constituyen momentos que podríamos considerar de cambio de paradigma. La capacidad del desarrollo para integrar temas y críticas se ha mostrado, hasta ahora, muy grande, como veremos en la siguiente sección. Pero existen algunos planteamientos generados en los últimos tiempos que, desde posiciones ultraliberales, postmodernas o más politizadoras, son difícilmente compatibles con los fundamentos últimos de la idea de desarrollo.

Las nuevas perspectivas que en este libro se atienden se generan no sólo en el marco de la historia de las ideas en torno al desarrollo, sino en un contexto económico y político internacional concreto. El tercer presupuesto es por tanto que debemos comprender los actuales debates en relación a los fenómenos del fin de la Guerra Fría, la diferenciación en la evolución histórica de lo que antes se consideraba un único Tercer Mundo, las crisis del estado postcolonial africano y la nueva obsesión por la seguridad en los países centrales desde los ataques a Nueva York de septiembre de 2001.

Por último, estos debates están embebidos en prácticas concretas, en las que los actores locales participan haciendo uso, rechazando o transformando las agendas programadas por los expertos desde las instituciones internacionales (COOPER, 1996). Ninguno de los autores que aquí participan olvidan que los instrumentos concebidos en Nueva York, Washington o Bruselas no conforman por sí solos la realidad de las personas a las que se dirigen. Pero es en la segunda parte del libro en la que atenderemos, de diferentes maneras, varios casos concretos donde se localizan las propuestas del desarrollo.

1. Una historia de los debates del desarrollo¹

Ya hemos mencionado cómo el desarrollo ha sido escenario de debates apasionados, desde su origen en las políticas tardocoloniales europeas en África. Los gobiernos independientes que los reemplazaron a partir de los años cincuenta heredaron el proyecto del desarrollo, asumiendo que sólo tras el fin del colonialismo podrían cumplirse las promesas de transformación social que la idea conllevaba. En qué consistía esta transformación y cómo se conseguiría no era, sin embargo, asunto que generara siempre consensos. Los debates no se establecieron, como puede imaginarse, en un contexto de igualdad entre todos los participantes y al margen de las relaciones de poder. La historicidad del desarrollo es por tanto una dimensión imprescindible para comprender las controversias generadas.

Estas controversias se han referido, por una parte, al significado mismo del desarrollo, que se vio en un principio como la reproducción, en otros lugares, del proceso de industrialización de las economías occidentales, a través de un crecimiento económico basado en la agricultura. Frente a ello, en los años setenta y ochenta, aparecerían nuevos conceptos como el alivio de la pobreza, la satisfacción de las necesidades básicas o, más tarde, el *desarrollo humano*, centrados en los efectos de los cambios sociales sobre las personas y no sobre los parámetros macroeconómicos. Otro de los grandes debates se ha dado en torno a los agentes del desarrollo: se comenzó privilegiando al estado de forma casi indiscutible y a lo largo del tiempo se ha ido cuestionando por el empuje de los defensores de los mercados mundiales, de los grupos de la 'sociedad civil', o de la comunidad. Y también se han mostrado discrepancias sobre las causas del 'subdesarrollo' y los efectos de las distintas políticas para superarla: mientras el pensamiento ortodoxo ponía el énfasis en las carencias estructurales de las sociedades pobres, los más críticos, como los teóricos de la dependencia, insistían en el sistema económico mundial en su conjunto, que era el que creaba tanto las situaciones de riqueza como las situaciones de pobreza, apareciendo el subdesarrollo como la otra cara del desarrollo (COWEN y SENTON, 1996; LEYS, 1996; SEN, 2001; RIST, 2002).

1.1. El conflicto de agendas en la década de 1980

En el contexto africano, el último Claude AKE (1996) nos mostró con clarividencia el conflicto de 'agendas' del desarrollo que se produjo a inicios de los años ochenta. La constatación de la crisis económica que atravesaba África en ese momento, que incluía el fracaso de los proyectos modernizadores de las independencias y la acumulación masiva de deuda externa, promovió la articulación de un discurso conjunto de los gobiernos africanos, inspirado en el Nuevo Orden Económico Internacional de la década de los setenta y concretado en el *Plan de Acción de Lagos* de 1980. Este documento concebía los problemas económicos de África como consecuencia de la dependencia del continente y la explotación

¹ Esta sección ha sido publicada, en parte, en A.CAMPOS, "El Plan de África y otros textos", *Nova Africa*, enero 2003.

externa de sus recursos, y abogaba por un cambio en el lugar que ocupaba el continente en la división internacional del trabajo como productor de materias primas. Los principios en los que se inspiraba eran la autosuficiencia alimentaria y el desarrollo autocentrado, que exigían un cambio de las políticas de exportación a las de producción de bienes manufacturados a partir de los recursos propios y dirigidos a los mercados internos. En suma, el desarrollo era concebido como un proceso de transformación de las estructuras económicas internas y externas, que pasaba por promover políticas activas dirigidas a reducir la vulnerabilidad de África respecto de las fuerzas y estructuras internacionales.

El año siguiente, y en reacción a la propuesta africana, el Banco Mundial aprobó otro documento titulado *Desarrollo Acelerado en África Subsahariana: Una Agenda para la Acción*, conocido también como Informe Berg. En él se exponían con claridad lo que iban a ser las lecturas y propuestas de las instituciones financieras internacionales durante la década de los ochenta y más allá, en un contexto mundial de creciente liberalización económica, aumento de los flujos financieros y cuestionamiento del estado de bienestar. Aunque se reconocía el papel de ciertos factores externos, el énfasis se ponía en las causas internas del 'subdesarrollo', las condiciones naturales y demográficas y, sobre todo, las malas políticas y el exceso de intervencionismo estatal. La solución pasaba por reformas macroeconómicas que promovieran el abstencionismo del estado en la economía y 'liberaran' las fuerzas del mercado. Se abogaba por una política económica basada en la reducción de impuestos a la importación y la exportación y la consiguiente reducción del gasto público, la devaluación de la moneda y la mejora de los servicios para los productores agrícolas. En suma, la propuesta era inversa a la del Plan de Lagos: promover un crecimiento hacia fuera reforzando la producción agrícola para la exportación.

El 'desarrollo' de África era el objetivo de los dos documentos; los actores y los medios que proponían eran, sin embargo, diferentes. También compartían conceptos y vocabularios: la idea de las sociedades africanas como 'subdesarrolladas', y de la necesidad para ellas de un 'proceso de desarrollo', similar al experimentado por sociedades más ricas. No en vano ambos discursos se movían en torno a una misma 'problemática' que se había ido construyendo desde poco antes de la descolonización. La contienda entre ambas perspectivas acabaría con la sumisión de los gobiernos africanos a las directrices de las instituciones financieras internacionales, que durante la década de los ochenta y noventa se demostraron actores fundamentales en las políticas económicas del continente. La victoria del discurso del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) se correspondía con el debilitamiento de los gobiernos africanos, sumidos en una profunda crisis de recursos y legitimidad después del fracaso de las políticas modernizadoras en las que se apoyaron previamente. Las instituciones internacionales ofrecían los recursos necesarios para seguir manteniendo la maquinaria del estado poscolonial a cambio de la adopción de sus recetas económicas neoliberales, y los gobernantes africanos aceptaron el acuerdo.

Eso no significó la desaparición del lenguaje de Lagos, que los gobernantes africanos

siguieron utilizando con pericia en el ámbito interno, conforme los planes de ajuste estructural que aplicaban a instancias del FMI provocaban más y más rechazo social, especialmente en las ciudades. Esta esquizofrenia en el uso de los lenguajes constituye una práctica habitual en la política africana, siempre en equilibrio inestable entre las dinámicas locales y los procesos internacionales. El hecho, tal como lo expresa AKE, es que en la práctica los gobiernos africanos nunca intentaron realmente un proceso de desarrollo, traicionando sus propias agendas y asumiendo, sin una intención sincera de llevarla a cabo, una agenda ajena.

A lo largo de la década de los ochenta, el régimen internacional de la ayuda sufrió algunas transformaciones. Además de consolidarse, entre la comunidad de donantes, la supremacía del papel coordinador de las instituciones financieras internacionales y su agenda neoliberal, también se pusieron de manifiesto los efectos perversos de los planes de ajuste estructural para los grupos sociales más vulnerables, denunciados en las calles africanas, en la academia y en foros internacionales. Ello, junto al ascenso de nuevos movimientos sociales y la multiplicación de organizaciones no gubernamentales, promovió la aparición de nuevas temáticas en la agenda del desarrollo, ligadas a preocupaciones por la pobreza, el medio ambiente, los agentes y grupos locales y la participación ciudadana. El desarrollo comenzó a verse calificado como 'humano' y 'sostenible' por organismos como el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo o la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo. Lo cierto es que se introdujo una cierta sensibilidad política y social mayor en los discursos oficiales de la cooperación al desarrollo. El final de la Guerra Fría incidiría de una forma fundamental en este proceso, pues terminaron también las razones por las que ambas superpotencias habían apoyado a gobiernos del Tercer Mundo con independencia de su régimen político.

1.2. El desarrollo en la postguerra fría

Las nuevas preocupaciones se recogieron en el *Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990*, (UN-NADAF) aprobada por la Asamblea General de Naciones Unidas en diciembre de 1991. Más reticente fue el Banco Mundial, pues no en vano las nuevas demandas habían surgido en gran medida como crítica a su agenda para el Tercer Mundo. Sin embargo, la institución financiera supo integrar y domesticar las cuestiones de pobreza, medio ambiente y participación de grupos locales a través de planteamientos puramente tecnocráticos y sin abandonar el credo neoliberal. Esto se reflejaría en parte en su documento *Sub-saharan Africa: From Crisis to Sustainable Growth*, de 1989, que asumía la necesidad de invertir en servicios sociales como forma de mitigar los efectos de los planes de ajuste e insistía en la importancia de generar un ambiente propicio (*enabling enviroment*) para las empresas y el sector privado africano, lo que incluía un sistema político eficaz, una administración responsable y un marco legal conocido. Esta es la manera en que el Banco Mundial integraba la dimensión política del desarrollo, que se sintetizaba en el concepto de *gobernabilidad*: el carácter técnico de su contenido evitaba, en

principio, cualquier consideración sobre el tipo de régimen o las relaciones de poder existentes (GIBBON, 1993).

Sin embargo, a lo largo de los años noventa va a ir surgiendo una perspectiva más radical, tanto en la academia como entre los principales donantes de África, interpretará la preocupación por las instituciones en términos de democracia representativa y derechos humanos. Por una parte, era evidente que décadas de autoritarismo no habían servido para superar la pobreza estructural del continente africano. Por otra parte, el contexto internacional de esta época, con el final de la Guerra Fría y el comienzo de las transiciones políticas en Europa Oriental, y también en Sudáfrica, estaba convirtiendo a la democracia liberal en la única forma de legitimación de los gobiernos. Y una nueva sensibilidad en las opiniones públicas de los países occidentales ya no veía justificado el apoyo a las autocracias cleptocráticas africanas. En el ámbito de la cooperación al desarrollo surgió así lo que se conoce como la *condicionalidad política* de la ayuda: si en la década anterior los donantes habían exigido la adopción de políticas de ajuste para desembolsar su ayuda, ahora se iba a exigir, además, el respeto a los derechos humanos y la celebración de elecciones (SØRENSEN, 1993).

Al menos así se manifestaban los gobernantes europeos como François Mitterrand, que en una reunión con jefes de estado africanos celebrada en junio de 1990 en La Baule anunció la nueva política francesa de reducir su apoyo a regímenes autoritarios; o como el Ministro de Asuntos Exteriores británico, que ese mismo mes reconocía públicamente la vinculación entre desarrollo y buen gobierno. La Unión Europea, por su parte, establecía en una resolución de 1991 (n.10107) que "en el futuro, la democracia y el respeto de los derechos humanos serían condiciones para recibir ayuda de Europa occidental". El Acuerdo de Lomé IV de 1989, y especialmente su renovación de 1995, también recogía como elementos esenciales del convenio (art. 5) los derechos humanos, los principios democráticos y el estado de derecho (OLSEN, 1998). Mientras tanto, el Banco Mundial se veía más limitado por sus estatutos y su perspectiva eminentemente tecnocrática para introducir la condicionalidad política en sus políticas de desarrollo, aunque encontró fórmulas para participar de alguna manera en las presiones de los principales donantes de África, ofreciéndose como coordinador de las mismas (GIBBON, 1993)².

Pronto se pusieron de manifiesto las incoherencias de los intentos de condicionar políticamente la ayuda al desarrollo, especialmente cuando se trataba de hacerlas compatibles con otras políticas como las del ajuste estructural o el mantenimiento de relaciones económicas beneficiosas de los donantes con regímenes muy poco democráticos. Hay quienes han señalado que desde los años noventa la promoción de los derechos humanos y la democracia se ha subordinado a consideraciones de interés nacional, y en especial de

² En su documento de 1994, *Adjustment in Africa: Reforms, Results and the Road Ahead*, que insiste en las estrategias exportadoras, apenas se hace mención de la necesidad de adoptar principios democráticos en los procesos de desarrollo.

seguridad, de los donantes (OLSEN, 1998). Lo cierto es que este énfasis internacional por la democracia y los derechos humanos coincidió con la explosión de reivindicaciones políticas en África y con ciertos cambios o reestructuraciones en los regímenes políticos del continente, que llevaron al fin formal de los sistemas de partido único o militaristas y la celebración periódica de elecciones durante la década de los noventa. El alcance de estos cambios en cuanto a la participación de los africanos en su propio gobierno ha sido, no obstante, muy limitado, y a menudo se ha circunscrito a operaciones de maquillaje o reproducción de formas autocráticas. Por su parte, la pobreza y el estancamiento siguieron siendo las principales notas de la situación socioeconómica que sufrieron la mayoría de los africanos durante la década de los noventa.

2. La Declaración del Milenio: convergencia de hilos discursivos

En torno al año 2000, y coincidiendo con la carga simbólica que adquirió el cambio de siglo, han aparecido una serie de documentos oficiales de distinto carácter, que comparten el objetivo de relanzar el desarrollo en la región al sur del Sahara. Se trata de iniciativas de muy diversa índole pero que coinciden en su origen gubernamental o intergubernamental y que se ocupan, genéricamente, del desarrollo de África.

El Banco Mundial publicó en mayo de 2000 el informe *Can Africa Claim the 21st Century?*, en un momento en que se estaban renovando algunos de los instrumentos de las instituciones financieras internacionales para los países más pobres. En junio se firmó en Cotonú (Benín) el nuevo *Acuerdo de Asociación entre los países ACP-Unión Europea*, después de un largo proceso de negociación y revisión del anterior Acuerdo de Lomé. Los países africanos también han generado en los últimos tiempos un programa global denominado *Nueva Asociación para el Desarrollo de África* (NEPAD) aprobado por la Organización de la Unidad Africana en julio de 2001, con el visto bueno de las grandes potencias económicas reunidas en el G8 y de Naciones Unidas. Estas tres iniciativas serán analizadas en sendos capítulos de la primera parte de este libro.

A su vez, la organización mundial no ha dejado de producir documentos sobre África, entre los que destaca el informe del Secretario General para el Consejo de Seguridad de 16 de abril de 1998, *The causes of conflict and the promotion of durable peace and sustainable development in Africa*. Las Naciones Unidas dedicaron una buena parte del año 2000 a tratar los problemas africanos y a evaluar la *Nueva Agenda para el Desarrollo en África en la década de los 90* (UN-NADAF), en el contexto de la Asamblea del Milenio. Pero lo más importante de esa Asamblea fue la aprobación de la llamada *Declaración del Milenio* sobre los retos del desarrollo en el mundo, que contiene una sección dedicada expresamente al continente africano, y que ha dado lugar a la formulación de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), como veremos brevemente en esta sección. Por último, en junio de 2002 se publicó el Informe Final sobre la aplicación del programa UN-NADAF, en el que un panel de expertos independientes reconocía el pobre desarrollo económico durante la última década en

África; al mismo tiempo proponía la adopción por Naciones Unidas de la iniciativa africana NEPAD como programa propio de desarrollo para el continente, como así ocurrió en la Asamblea General de ese año.

También han aparecido importantes documentos de carácter unilateral como la norma legislativa del gobierno de Estados Unidos, *African Growth and Opportunity Act* AGOA³, dirigida en parte a la promoción de exportaciones en el continente. Un carácter diferente tiene el reciente informe *Our Common Interest*, redactado por la Comisión para África del gobierno británico en 2005, que ha servido de base para el compromiso del G-8 de aumentar la ayuda y condonar parte de la deuda de los países africanos.

Esta inflación de declaraciones e iniciativas invita a pensar que estamos en un momento de cambio y consolidación en la reflexión sobre la cooperación al desarrollo en África, y tal vez también en las estructuras de las relaciones sociales e internacionales que esta reflexión expresa. Significativamente, el panel de expertos ya citado que evaluó el programa UN-NADAF, proponía que "la cooperación internacional al desarrollo en apoyo al desarrollo acelerado de África necesitará basarse en una profunda revisión del pensamiento dominante que ha guiado los programas multilaterales y bilaterales en África durante las últimas dos décadas"⁴. Frente a los intensos debates de otros momentos anteriores, lo que podemos constatar de este tiempo es la convergencia de propuestas y discursos de muy diversos actores. Especialmente de aquellos como el Banco Mundial, el PNUD, la Unión Europea o la OCDE con la capacidad suficiente de determinar los paradigmas hegemónicos. Tal vez la manifestación más clara de esta convergencia sea la adopción del NEPAD por Naciones Unidas, y sobre todo la aprobación por la Asamblea General de septiembre de 2000 de la llamada Declaración del Milenio.

En esta resolución, núm. 55/2, que comienza con una solemne afirmación de principios (libertad, igualdad, solidaridad, tolerancia, respeto de la naturaleza, responsabilidad común), los "Jefes de estado y de gobierno" de todos los estados miembro de la Organización de Naciones Unidas realizan una declaración de intenciones por la que se comprometen a perseguir y alcanzar una serie objetivos sobre la paz (II), el desarrollo y la erradicación de la pobreza (III), la protección del medio ambiente (IV), los derechos humanos, la democracia y el buen gobierno (V), las personas vulnerables (VI) o la reforma de las propias Naciones Unidas (VIII). La Declaración consagra la sección VII a la *Atención a las necesidades especiales de África*, como única región del mundo que merece un comentario específico. Los términos del artículo 27 resumen las preocupaciones que despierta el continente en el foro mundial: "Apoyaremos la consolidación de la democracia en África y ayudaremos a los africanos en su lucha por conseguir una paz duradera, erradicar la pobreza y lograr el

³ Más modestamente, el *Plan de Acción para África Subsahariana 2001-2002* del gobierno español. Actualmente, está redactándose el nuevo Plan de África del gobierno socialista...

⁴ Independent Evaluation of the Implementation of the United Nations *New Agenda for the Development of Africa* (UN-NADAF). Executive Summary, en www.un.org/ecosocdev/geninfo/afrec/sgreport/nadfinal.htm.

desarrollo sostenible, para que de esa forma África pueda integrarse en la economía mundial".

2.1. Los Objetivos del Desarrollo del Milenio y sus consensos

Tras la aprobación de la Declaración del Milenio, la Secretaría General de Naciones Unidas trabajó conjuntamente con el Banco Mundial, el FMI y el CAD de la OCDE para consensuar los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), que fueron aprobados por la Asamblea General en 2001⁵. Los ODM pretenden operacionalizar la Declaración del 2000 y se presentan como la síntesis de las conclusiones de todas las Cumbres y Conferencias Mundiales celebradas a instancias de Naciones Unidas a lo largo de la década de los años noventa, como la *Cumbre de la Tierra* (Río de Janeiro, 1992), la *Conferencia Mundial sobre Derechos Humanos* (Viena, 1993), la *Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo* (El Cairo, 1994), la *Conferencia Mundial sobre la Mujer* (Beijing, 1995), la *Cumbre Mundial para el Desarrollo Social* (Copenhague 1995), o la *Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sostenible* (Johannesburg, 2002).

Los Objetivos del Milenio son ocho, y se presentan en su mayoría con un plazo de 15 años para su consecución. El primero y más emblemático de los ODM es la erradicación de la pobreza –definida como la situación de las personas que ingresan menos de 1 \$ al día– y el compromiso de reducirla a la mitad de los niveles actuales para el año 2015. Los siguientes se refieren a la enseñanza primaria universal (2), la igualdad entre géneros (3), la reducción de la mortalidad infantil (4), la mejora de la salud materna (5), el combate contra el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades (6), la sostenibilidad del medio ambiente (7) y el fomento de una asociación mundial para el desarrollo (8). Los ocho objetivos se han desagregado a su vez en 18 metas, y se han establecido además 48 indicadores con los que evaluar la evolución anual de cada una de ellas metas, como puede apreciarse en el cuadro adjunto.

Objetivos de Desarrollo del Milenio

Objetivo 1 Erradicar la pobreza extrema y el hambre

Meta 1. Reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, el porcentaje de personas cuyos ingresos sean inferiores a 1 dólar por día

Meta 2. Reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, el porcentaje de personas que padezcan hambre

Objetivo 2 Lograr la enseñanza primaria universal

Meta 3. Velar por que, para el año 2015, los niños y niñas de todo el mundo puedan terminar un ciclo completo de enseñanza primaria

Objetivo 3 Promover la igualdad entre los sexos y la autonomía de la mujer

Meta 4. Eliminar las desigualdades entre los géneros en la enseñanza primaria y secundaria,

⁵ *Road Map towards the Implementation of the United Nations Millennium Declaration*, A/56/326.

preferiblemente para el año 2005, y en todos los niveles de la enseñanza antes del fin del año 2015

Objetivo 4 Reducir la mortalidad infantil

Meta 5. Reducir en dos terceras partes, entre 1990 y 2015, la mortalidad de los niños menores de 5 años

Objetivo 5 Mejorar la salud materna

Meta 6. Reducir, entre 1990 y 2015, la mortalidad materna en tres cuartas partes

Objetivo 6 Combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades

Meta 7. Haber detenido y comenzado a reducir, para el año 2015, la propagación del VIH/SIDA

Meta 8. Haber detenido y comenzado a reducir, para el año 2015, la incidencia del paludismo y otras enfermedades graves

Objetivo 7 Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente

Meta 9. Incorporar los principios del desarrollo sostenible en las políticas y los programas nacionales e invertir la pérdida de recursos del medio ambiente

Meta 10. Reducir a la mitad, para el año 2015, el porcentaje de personas que carezcan de acceso sostenible a agua potable

Meta 11. Haber mejorado considerablemente, para el año 2020, la vida de por lo menos 100 millones de habitantes de tugurios

Objetivo 8 Fomentar una asociación mundial para el desarrollo

Meta 12. Desarrollar aún más un sistema comercial y financiero abierto, basado en normas, previsible y no discriminatorio. Se incluye el compromiso de lograr una buena gestión de los asuntos públicos y la reducción de la pobreza, en cada país y en el plano internacional

Meta 13. Atender las necesidades especiales de los países menos adelantados. Se incluye el acceso libre de aranceles y cupos de las exportaciones de los países menos adelantados; el programa mejorado de alivio de la deuda de los países pobres muy endeudados y la cancelación de la deuda bilateral oficial, y la concesión de una asistencia para el desarrollo más generosa a los países que hayan expresado su determinación de reducir la pobreza

Meta 14. Atender las necesidades especiales de los países sin litoral y de los pequeños estados insulares en desarrollo (mediante el Programa de Acción para el desarrollo sostenible de los pequeños estados insulares en desarrollo y los resultados del vigésimo segundo período de sesiones de la Asamblea General)

Meta 15. Encarar de manera general los problemas de la deuda de los países en desarrollo con medidas nacionales e internacionales a fin de hacer la deuda sostenible a largo plazo.

Meta 16. En cooperación con los países en desarrollo, elaborar y aplicar estrategias que proporcionen a los jóvenes un trabajo digno y productivo

Meta 17. En cooperación con las empresas farmacéuticas, proporcionar acceso a los medicamentos esenciales en los países en desarrollo

Meta 18. En colaboración con el sector privado, velar por que se puedan aprovechar los beneficios de las nuevas tecnologías, en particular de las tecnologías de la información y de las comunicaciones.

Fuente: *Millenium Project*

La existencia de un compromiso tan unánime a favor de unos objetivos concretos, y el establecimiento de unos indicadores cuantitativos precisos, permite una labor de monitoreo de la situación de desarrollo de los países más pobres por parte de las organizaciones gubernamentales como el Banco Mundial o las Naciones Unidas. La ONU ha creado para este fin el llamado Proyecto Milenio (*UN Millennium Project*) dirigido por el economista Jeffrey SACHS, que en 2005 ha publicado su informe *Invirtiendo en el Desarrollo: Un plan práctico para conseguir los Objetivos de Desarrollo del Milenio*⁶. Los ODM también está sirviendo a grupos y movimientos sociales transnacionales, y se han convertido en un instrumento de presión y cabildeo de muchas ONG del desarrollo, que pueden exigir a los estados y las mismas instituciones internacionales el cumplimiento de las promesas por ellos asumidas.

Los ODM son el resultado de un consenso de mínimos entre las organizaciones internacionales que se han visto periódicamente enfrentadas en torno al lenguaje y las prácticas del desarrollo. Específicamente, reflejan el encuentro entre los esfuerzos de las Naciones Unidas y su Secretario General por situarse de nuevo en el centro de las iniciativas del desarrollo, y el deseo del Banco Mundial de superar la crisis de legitimidad generadas por dos décadas de ajuste estructural. Las Naciones Unidas están buscando cómo redefinir su papel de garante de la seguridad internacional en términos de desarrollo, después de sus notorios fracasos en la mayor parte de los cruentos conflictos vividos en los años 1990. Pero si las Naciones Unidas han logrado en parte su objetivo de recuperar el protagonismo en la agenda del desarrollo que hasta entonces parecían asumir las instituciones financieras internacionales, ha sido el Banco Mundial el que ha conseguido liderar el proceso de articulación de los ODM⁷.

Lo que denotan los ODM y el resto de los documentos sobre el desarrollo que hemos mencionado en esta sección, es la convergencia de varias líneas de reflexión en torno al desarrollo generadas en los últimos años. Esta convergencia discursiva puede sintetizarse en la necesidad de *más ayuda, más mercado y mejor gobierno* en un contexto en que la *globalización* se acepta como un rasgo ineludible del mundo actual⁸. Además, se incluyen cuestiones transversales, como es el cuidado del medio ambiente o la igualdad de género, que han sido objeto de reivindicaciones sociales durante largo tiempo y que se han convertido en temas ya inevitables en los discursos oficiales del desarrollo. Puede haber diferencias en el énfasis que se da a los variados elementos que se conjugan: mientras unos, los gobiernos africanos o el informe Sachs, insisten en la necesidad de más ayuda y en el acceso de los productos africanos a los mercados internacionales, otros, liderados por el Banco Mundial, lo

⁶ UN Millenium Project, www.unmillenniumproject.org; Banco Mundial, www.developmentgoals.org.

⁷ Sigo aquí el análisis que João GOMES CRAVINHO desarrolló en el *Seminario sobre la Agenda 2015* celebrado en la Universidad Autónoma de Madrid en 2003 ([comprobar fecha](#)).

⁸ El concepto de globalización o mundialización aparece recogido en el párrafo 5 de la Declaración del Milenio, que lo acepta como forma de comprender los actuales procesos transnacionales.

hacen en las reformas de las economías africanas. Pero ninguno de ellos cuestiona la conjunción de 'mercado, ayuda y gobernabilidad' que hemos señalamos.

El *consenso del Milenio* se basa en la combinación de estrategias diversas, que habían sido defendidas en distintos momentos por diversos actores del desarrollo, y que ahora se pretenden integrar en un único modelo. La gran cantidad de asuntos que tratan de abordar los nuevos adalides de los ODM y del desarrollo en África pueden sintetizarse en tres fórmulas:

A. Libre mercado y también fortalecimiento de las instituciones del estado

La participación en el comercio internacional y unos mercados libres de barreras siguen considerándose un valor en sí mismos y una condición imprescindible para el crecimiento económico de los países más pobres. Este dogma sirve tanto para demandar la apertura de los mercados africanos a los productos industrializados, la integración regional y creación de mercados regionales, o el acceso de los productos agrícolas africanos a los mercados de los países ricos. Menor énfasis se pone, sin embargo, en los mercados locales, que siguen ofreciendo numerosos impedimentos a los pequeños agentes africanos. Y desde luego no se atiende a los efectos diferenciados que la apertura de mercados genera.

Frente al dogmatismo neoliberal de los años ochenta, el estado ha ido recuperando la importancia que le atribuían los proyectos nacionalistas y modernizadores de los años 1950 y 1960. Pero ahora se insiste en el *buen gobierno* o la *gobernabilidad* para reclamar un funcionamiento eficiente y atendido a la legalidad de las instituciones, entendidas más como facilitadoras que como promotoras de la economía. Tras la euforia democrática de la postguerra fría, la gobernabilidad, a la que se dedica el primer capítulo de este libro, se interpreta en casi todas las propuestas en términos de buena gestión pública, lucha contra la corrupción e inversión en formación técnica (*capacity building*). Se evita así abordar asuntos más centrales, pero espinosos para las relaciones entre gobiernos, como es el papel que juegan los autocráticos sistemas políticos africanos en la pervivencia de los problemas del continente. Lo mismo puede decirse de las carencias en cuanto a regulación y democracia del mismo sistema internacional.

Este proceso puede verse agravado por ciertas transformaciones sutiles que parecen estar sufriendo, de nuevo, los discursos oficiales del desarrollo. De alguna manera el énfasis en el buen gobierno está siendo reemplazado por la preocupación, generada en el mismo centro del sistema internacional, por la 'amenaza terrorista', y las situaciones de inestabilidad política y conflicto. Prueba de ello es el reciente Informe de Desarrollo Humano de 2005 del PNUD, cuyo título recuerda, en parte, el de nuestro libro, pero con una significativa variación: *La cooperación internacional ante una encrucijada: Ayuda al desarrollo, comercio y seguridad en un mundo desigual* (mi énfasis). En mi opinión, los temas escogidos este año son un reflejo inconsciente del nuevo contexto mundial, en el que las cuestiones de derechos y libertades democráticas parecen relegarse, en nombre de la seguridad, a las políticas de control policial y militar.

B. Crecimiento económico y también alivio de la pobreza

Se mantiene la ortodoxia de que sin crecimiento no puede haber desarrollo. Pero al mismo tiempo se reconoce que éste, por sí sólo, no favorece necesariamente a las poblaciones más desfavorecidas, y que hacen falta actuaciones dirigidas específicamente a las necesidades básicas de los más pobres. A ello se refieren explícitamente al menos cinco de los ODM, que consideran los servicios sociales de educación y salud como requisitos, y no meras consecuencias, del desarrollo.

En cuanto al crecimiento, de acuerdo a la visión liberal clásica, debe basarse en la producción de aquello en lo que los estados disfrutaban de ventajas comparativas, que en el caso de África son los minerales y ciertos productos agrícolas. Además, se insiste en la necesidad de inversiones en infraestructuras, especialmente en comunicaciones, que deben provenir de la ayuda internacional o las inversiones directas extranjeras. Lo que ha quedado claramente fuera del enfoque del desarrollo son los procesos de industrialización locales o las estrategias gubernamentales y proteccionistas para lograrlos.

C. Responsabilidad de los gobiernos de los países pobres, y también de los donantes

El debate sobre el lugar, dentro o fuera de los estados, donde encontrar las causas y responsabilidades en las situaciones de pobreza y subdesarrollo, se intenta zanjar con el reconocimiento de que son necesarias políticas nacionales adecuadas, y la apropiación de las estrategias de desarrollo por el gobierno y las poblaciones afectadas (*ownership*). Y al mismo tiempo, que los países más ricos deben comprometerse con las poblaciones más pobres a través de un mayor desembolso de ayuda y otras medidas, como la cancelación de la deuda y la apertura de los mercados del centro a los productos de estos países. El nuevo concepto para referirse a esta combinación de esfuerzos entre gobiernos ricos y pobres es el de *partenariado* o *asociación* (*partnership*), recogido en el mismo título del NEPAD.

De esta forma se aceptan las críticas hechas a la imposición de modelos foráneos de desarrollo por parte de los donantes, pero sin cuestionar el mantenimiento de la relación de dependencia financiera que las nuevas propuestas requieren. Y también se esquiva la necesidad de establecer un sistema estable de justicia redistributiva internacional, que elimine la manera voluntaria y aleatoria en que la ayuda fluye de las zonas más ricas a las más pobres del planeta.

2.2. Los límites del desarrollo

Tal vez AKE tendría que admitir hoy que ya no existen dos agendas para África, sino una sola, más heredera de las propuestas de las instituciones financieras internacionales que del espíritu del Plan de Lagos. Con la novedad de que se han integrado algunas de las críticas y propuestas alternativas que se hacían a las políticas del ajuste estructural de las últimas dos décadas. Sin embargo, no todas las críticas y perspectivas están reflejadas en el consenso del Milenio. Y a pesar de la capacidad que han mostrado los modelos oficiales de desarrollo para

integrar propuestas en principio marginales, no está claro que algunas de las deficiencias que padecen los actuales vocabularios desarrollistas puedan superarse dentro del mismo lenguaje del desarrollo. Vamos a señalar aquí tres enfoques desde los cuales los ODM y el resto de propuestas del 2000 se muestran claramente deficitarios.

El primero es la perspectiva de los **derechos**. Los ODM no se presentan como derechos reclamables por las poblaciones empobrecidas, ni articulan foros en donde los gobiernos, los donantes y demás instituciones internacionales puedan ser interpelados y conminados por el incumplimiento de sus compromisos. Tampoco existen sanciones para el caso, más que probable, de que los objetivos no se alcancen en los plazos previstos. No existen 'palancas', según el término de Pierre SANÉ, para poner en marcha procesos que lleven a la efectiva consecución del desarrollo por parte de quienes están directamente afectados (SANÉ, 2002). Ciertamente es que el Informe de Desarrollo Humano del PNUD del año 2000 se dedicó a los derechos humanos, y que la Declaración del Milenio dedica una sección a los "Derechos Humanos, Democracia y Buen Gobierno", pero su falta de concreción en los Objetivos del Milenio es muestra del poco interés de los gobiernos por hacer de todo ello una realidad: no existe ningún objetivo, meta ni indicador que se refiera al respeto de las libertades políticas y los derechos humanos. A pesar de todas las declaraciones y convenios ratificados, los derechos humanos no se han integrado aún entre los fines ni los instrumentos del desarrollo⁹.

El segundo enfoque es el que considera que el lenguaje del desarrollo **despolitiza** el análisis y las soluciones de los problemas que sufren los pobres africanos (FERGUSON, 1994). En las primeras décadas de la era del desarrollo, el subdesarrollo o la pobreza se consideraron realidades meramente económicas o técnicas, cuya superación era independiente de los sistemas políticos y las relaciones de poder. En la última década y media, los discursos hegemónicos han reconocido, como venimos señalando, la dimensión institucional del desarrollo, y han llegado a propugnar la necesidad de regímenes democráticos y la participación de la población en los procesos de desarrollo. Como citábamos más arriba, la Declaración del Milenio dedica a estos asuntos una sección. Sin embargo, el discurso de la gobernabilidad que pretende integrar estas dimensiones, ha descafeinado el sentido mismo de la democracia, reduciéndolo a un asunto de legalidad, eficacia administrativa y capacidad institucional.

Por su parte, los ODM tampoco recogen en ninguno de sus objetivos o metas la dimensión de la participación política; y en el ya citado informe del Proyecto Milenio de 2005, redactado por el equipo de Jeffrey Sachs, se afirma repetidamente que la crisis de

⁹ Ésta es la interesante propuesta del experto de la UNESCO, y antiguo presidente de Amnistía Internacional, Pierre SANÉ cuando aboga por la ilegalización de la pobreza (SANÉ, 2002). Y también de los últimos planteamientos del Nobel de Economía Amartya SEN, que defiende por una concepción del "desarrollo como libertad", según el cual el objetivo del desarrollo debe ser el aumento de los derechos y las libertades de las personas que les permitan escoger una vida valiosa; y que sólo a través de la agencia libre de las personas, del ejercicio de sus derechos, es posible alcanzar un verdadero desarrollo (SEN, 2000).

governabilidad no puede explicar la pervivencia de la pobreza y el estancamiento de África. Esto supone un verdadero revés al reconocimiento de la importancia de lo político que se ha venido realizando en los últimos tiempos (AKE, 1996; BOOTH, 2005). No se quiere reconocer que a menudo no existe voluntad política por parte de los gobernantes africanos para acabar con la pobreza de sus poblaciones, y que la ayuda o las rentas provenientes de la venta de minerales estratégicos juegan un papel perverso en esta situación (BAYART, 2000)¹⁰. En definitiva, se sigue escamoteando a los africanos el derecho a decidir sobre su futuro y su desarrollo.

Según la tercera de las críticas, el desarrollo sigue considerándose como un proceso esencialmente nacional e interno a los estados, en el que los actores externos sólo tienen un papel de apoyo y promoción. El crecimiento económico, las reformas institucionales o la provisión de servicios sociales se entiende en el marco de las economías y organizaciones estatales, ignorando que hay importantes procesos locales, transnacionales y hasta globales que afectan al desarrollo.

Desde los nuevos consensos no se contempla la necesidad de una verdadera justicia redistributiva internacional o la democratización del mismo sistema internacional (ABRAHAMSEN, 2000). Bien es cierto que estos asuntos han entrado tangencialmente en la agenda del Milenio, que reconoce la responsabilidad colectiva ante la pobreza y demás males que aquejan a la humanidad, y la necesidad de una "asociación mundial para el desarrollo"¹¹. Sin embargo, de nuevo nos encontramos aquí con una mera declaración de compromisos, que carece totalmente de concreción política en instituciones y normas a las que todos los estados y demás actores deban vincularse. La crisis de hambre en Níger, que se produce al tiempo de escribir estas líneas y cinco años más tarde de que todos los estados del mundo se comprometieran a erradicar esta plaga en el 2015, constituye una cruel pero iluminadora ironía a este respecto.

Todo esto es muestra de que, a pesar de que el Consenso del Milenio pretende ser más comprehensivo y abarcar más cuestiones que el de Washington, siguen existiendo importantes disidencias expresadas en ciertos análisis académicos, en muchos movimientos de oposición en África o en los planteamientos de muchos de los grupos participantes en el movimiento alterglobalizador. No obstante, no todas las críticas y propuestas de estos actores son las mismas: el desarrollo sigue siendo un ámbito de conflicto dialéctico.

¹⁰ La Comisión de África británica supone un cierto avance a este respecto, en la medida en que denuncia el pillaje de las rentas de los recursos naturales por los líderes africanos.

¹¹ El párrafo 2º de la Declaración del Milenio reconoce la responsabilidad colectiva ante ciertos problemas graves del mundo: "Reconocemos que, además de las responsabilidades que todos tenemos respecto de nuestras sociedades, nos incumbe la responsabilidad colectiva de respetar y defender los principios de la dignidad humana, la igualdad y la equidad en el plano mundial. En nuestra calidad de dirigentes, tenemos, pues, un deber que cumplir respecto de todos los habitantes del planeta, en especial los más vulnerables y, en particular, los niños del mundo, a los que pertenece el futuro".

3. El plan del libro

Los autores de este libro pretenden participar en los diálogos sobre el desarrollo desde una perspectiva crítica. Aceptamos participar en el debate pues, aunque no siempre nos mostramos confiados en la capacidad de los proyectos del desarrollo para transformar las realidades de pobreza y desigualdad, nos sentimos concernidos por los mismos asuntos que el desarrollo trata de atender.

El libro se articula en torno a dos ejes: las agendas internacionales del desarrollo y las prácticas que se generan a partir de esos lenguajes. La primera parte se inicia con la reflexión de Jokin ALBERDI y Ana ALCALDE sobre el concepto de gobernabilidad o buen gobierno, que como ya hemos adelantado, se ha convertido en una constante de los nuevos documentos y programas de las principales agencias internacionales de desarrollo en África. El capítulo pone en contexto el nuevo interés de los donantes por el estado, las instituciones y la democracia, en el marco de las transformaciones políticas en África y en el sistema internacional y de los fracasos del ajuste estructural. Y también indaga sobre el significado y los efectos de la condicionalidad política de la ayuda en las relaciones de poder Norte-Sur.

Los tres capítulos siguientes atienden a tres de los ámbitos principales donde se han generado textos y programas para el desarrollo de África: las instituciones financieras internacionales, los acuerdos UE-ACP y la Unión Africana con su propuesta de NEPAD. El intención general de estas contribuciones es plantear las principales continuidades y rupturas de la reflexión sobre el desarrollo que se reflejan en sus propuestas. Artur COLOM insiste en la continuidad dentro de los cambios de lenguaje y de instrumentos del FMI y el Banco Mundial. En los últimos años, las instituciones de Washington han asumido preocupaciones que antes quedaban fuera de los planes de ajuste estructural, como el alivio de la pobreza, la gobernabilidad o la apropiación (*ownership*) de las políticas de desarrollo por parte de los gobiernos afectados; sin embargo se ha mantenido el espíritu del ajuste, pues privatización, desregulación y apertura siguen considerándose base de cualquier política económica aceptable.

Eduardo BIDAURRATZAGA y Ahinoa MARÍN atienden a los debates y cambios doctrinales que ha supuesto la sustitución de los Acuerdos de Lomé por el nuevo Acuerdo de Cotonú entre la UE y los países ACP. El viejo marco de privilegio que se concedía a los productos de éstos últimos en los mercados europeos se ha roto a favor de la liberalización comercial propugnada por la OMC que, sin embargo, no alcanza a cuestionar la política proteccionista de la UE hacia su agricultura. Los nuevos lenguajes de las viejas relaciones entre Europa y sus antiguas colonias incluyen la reducción de la pobreza, el buen gobierno y, muy especialmente, la integración regional. Los autores se esfuerzan por analizar los posibles impactos de los nuevos instrumentos sobre el desarrollo de África.

Por su parte Mbuyi KABUNDA nos presenta un análisis pormenorizado de las recientes iniciativas lideradas por las potencias regionales africanas y expresada en la Unión Africana y el NEPAD. El autor subraya las continuidades con los principios de la OUA y las políticas

neoliberales promovidas por las instituciones financieras internacionales, y lamenta que no se hayan rescatado algunas de las aportaciones afrocentristas del Plan de Acción de Lagos. Uno de los principales objetivos de estas nuevas propuestas es asegurar la continuidad del flujo de la ayuda al continente, y denotan la adopción, por parte de las elites africanas, del lenguaje del desarrollo generado por los principales foros mundiales.

La segunda parte atiende también a los discursos, pero lo hace en el ámbito de las prácticas en contextos locales africanos. Los espacios geográficos que se atienden tienen la particularidad de ser antiguas colonias españolas y portuguesas en África, lo que les proporciona, pese a las distancias que los separan, interesantes conexiones. Pero lo que aquí va a dominar va a ser la diversidad, no sólo de las historias que se narran, sino también de las perspectivas utilizadas. Estos capítulos van a insistir en la agencia de los actores locales y de los contextos particulares, sin los cuales no se puede comprender las variadas y concretas formas que adopta la realidad social del desarrollo.

Juan Carlos GIMENO, desde la antropología, sitúa los debates sobre el desarrollo en un territorio muy concreto, el del Bidán o Sahara Occidental, pero en una historia amplia: la de los proyectos y luchas por la emancipación social. La reclamación de la independencia nacional del pueblo saharauí cobra su sentido por el momento descolonizador en el que surge y la experiencia colectiva de opresión y exclusión que se mantiene. Pero han aparecido nuevos lenguajes de boca de las generaciones más jóvenes a partir de nuevas experiencias individuales y familiares. El autor indaga en las posibilidades de imbricar estos nuevos lenguajes con conceptos locales como la *asabiya* o propuestas globales como la *demodiversidad*.

La agrónoma Marina TEMUDO analiza, también desde una etnografía personalmente comprometida, el uso que hacen las ONG locales de los recursos y discursos de la ayuda al desarrollo, en una zona rural de Guinea-Bissau. Frente al discurso antiestatalista de los años ochenta, que sublimaba las potencialidades de la sociedad civil, a menudo las ONG reproducen muchas de las dinámicas clientelistas y patrimonialistas del estado, y se muestran intensamente imbricadas con los partidos políticos, reproduciendo en el ámbito local las abusivas relaciones de poder que caracterizan al estado colonial y poscolonial en África. La autora reflexiona también sobre el papel moral y político del investigador en el entramado del desarrollo.

En el último capítulo, Alicia CAMPOS señala cómo los programas de desarrollo concebidos en las agencias internacionales, incluidos los del buen gobierno, tienen muy diversa virtualidad dependiendo del contexto transnacional en el que tratan de implantarse y de la diversidad de intereses de los actores locales y extranjeros. La comparación de dos países, Guinea Ecuatorial y Mozambique, cuyos gobiernos dependen en muy diferente manera de los recursos de la ayuda al desarrollo y de la explotación mineral, permite analizar los efectos políticos de la cooperación, y contextualizarlos en el marco de las innumerables conexiones políticas y económicas que atraviesan el escenario africano.

Nuestra reflexión acaba así subrayando la diversidad que adquiere el desarrollo en los contextos locales y la importancia que en ellos tienen las estrategias de los actores sociales, que utilizan, rechazan y transforman los lenguajes que se generan en instancias más globales.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAHAMSEN, R. (2000), *Disciplining Democracy. Development Discourse and Good Governance in Africa*, Zed Books, Londres / Nueva York.
- AKE, C. (1996), *Democracy and Development in Africa*, The Brookings Institution, Washington, D.C.
- BAYART, J.-F. (2000) "Africa in the World: a History of Extraversion", *African Affairs*, 99, 2000.
- BOOTH, D. (2005), "The Africa Commission Report: What About the Politics?", *Development Policy Review*, vol. 23, n.4.
- CAMPOS SERRANO, A. (2003), "El Plan de África y otros textos", *Nova Africa*, enero.
- COWEN, M.P. y SENTON, R.W., (1996), *Doctrines of Development*, Routledge, Londres.
- COOPER, F. (1981), "Africa and the World Economy", *African Studies Review*, XXIV, 2/3.
- COOPER, C. y PACKARD R. (eds.) (1996), *International Development and the Social Sciences. Essays on the History and Politics of Knowledge*, University of California Press, Berkeley, Los Ángeles, Londres.
- DUFFIELD, M. (2004), *Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad*, Los libros de la Catarata, Madrid.
- ESCOBAR, A. (1996), *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton University Press, 1995.
- FERGUSON, J. (1994), *The Anti-politics machine. 'Development, Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*, University of Minnesota Press, Minneapolis y Londres.
- GIBBON, P. (1993) "The World Bank and the New Politics of Aid", en G. SØRENSEN (ed.) (1993), *Political Conditionality*, Frank Cass, Londres / EADI, Génova.
- GIMENO, J.C. y MONREAL, P. (eds.) (1999), *La controversia del desarrollo. Críticas desde la antropología*, Los libros de la Catarata y IUDC / UCM, Madrid.
- LEYS, C. (1996), *The Rise and Fall of Development Theory*, EAEP, Nairobi / Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis / James Currey, Londres.
- OLSEN, G.R. (1998), "Europe and the promotion of democracy in post Cold War Africa: How serious is Europe and for what reason?", *African Affairs*, 97.
- OLUKOSHI A.O. (ed.) (1998), *The Politics of Opposition in Contemporary Africa*, Nordiska Afrikainstitutet, Uppsala.
- PLATAFORMA 2015 Y MÁS, (2004), *La palabra empeñada. Los objetivos 2015 y la lucha contra la pobreza*, Los libros de la Catarata, Madrid.

- RIST, G. (2002), *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- SACHS, W. (1996), *The development dictionary. A guide to knowledge as power*, Zed Books, Londres, New Jersey.
- SANÉ, P. (2002), "Abolir la pobreza no es una utopía", El País, 22 octubre.
- SEN, A. (2000), *Desarrollo y Libertad*, Ed. Planeta, Barcelona.
- SEN, A. (2001), "Las teorías del desarrollo en el siglo XXI", *Leviatán* (Revista de hechos e ideas), verano.
- SØRENSEN, G. (ed.) (1993), *Political Conditionality*, Frank Cass, Londres / EADI, Génova.
- UNCETA, K. e IBARRA, P. (2001), *Ensayos sobre Desarrollo Humano*, Icaria, Barcelona.